

ruido vital de Valencia en sus rasgos principales sino también las fuentes y características de la inspiración de nuestro autor, sin olvidar el trasfondo ideológico (nacionalista) que Valencia saca a relucir en, por ejemplo, su interés por un «teatro nacional». Esto último se remonta a una época (los años 40) en la cual el teatro colombiano carecía por completo del brillo literario y la profesionalidad que ha ido alcanzando en las últimas décadas. El texto introductorio va acompañado de fotos que muestran a Valencia en distintas épocas de su vida.

Sonetos intemporales (99 sonetos de amor), Luis Pastori, *Estudio preliminar por Efraín Subero, Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1997, 147 pp.*

Pastori es un gran poeta venezolano contemporáneo. Léase esta muestra de la colección reseñada: «Me pongo a verte desde la barrera / y siento que la tarde es como un río / donde —pequeño y frágil— un navío / lleva una solitaria pasajera. / Eres tú, que a través de toda espera, / y de lluvia y relámpagos y frío, / conservas el azar del amor mío / como airón de segura primavera. / Alguien va a ser el agua, otro la tierra, / y juntarán el tránsito que aferra / este dolido afán hacia la vida. / Llega el agua en sus barcos capita-

nes; / y a pesar de derrumbes y volcanes / soy, sin saber, la costa prometida.» («Llega el agua en sus barcos capitanes», p. 51)

Subero, de la Academia Venezolana de la Lengua, dedica casi todo el estudio introductorio a analizar las fórmulas rítmicas de los sonetos de su compatriota y compararlas con las ya empleadas en nuestra lengua. El erudito estudio redundante en la constatación de que Pastori utiliza seis fórmulas ya conocidas en castellano (pp. 24-28), al mismo tiempo que introduce diecisiete fórmulas no usadas antes (pp. 28-30). Merece destacarse la publicación de esta colección en una serie («La granada entreabierta») con la cual el Instituto Caro y Cuervo fomenta el conocimiento de literatos (sobre todo nacionales) tanto famosos como menos conocidos en el mundo hispanohablante.

Libros que leyó el Libertador Simón Bolívar, Ramón Zapata, *Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1997, 174 pp.*

A veinte años de la muerte de su autor, humanista bogotano, se publica esta obra suya tan informativa. Zapata, nacido en 1892, fue doblemente académico y, además, secretario de la Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá; en calidad de tal —nos cuenta su hijo— «tuvo el

privilegio de disfrutar a sus anchas de la biblioteca del Libertador en la Quinta de Bolívar, entregada a su cuidado.» (8) De allí provienen las informaciones recogidas en esta obra.

A pesar de su gran bagaje erudito, el libro es todo menos un catálogo aséptico de lecturas bolivarianas: más bien entreteje continuamente comentarios de libros con datos biográficos múltiples. El resultado es una lectura sumamente amena. Los comentarios en cuestión no son solamente los de Zapata sino también los de Bolívar, así como los datos biográficos no se limitan a los que traen los historiadores sino que abarcan también muchos tomados de escritos del Libertador mismo (en particular de sus cartas) y de importantes contemporáneos (muy especialmente el *Diario de Bucaramanga* de Luis Perú de Lacroix).

En resumen: se trata de una obra recomendable para todo tipo de lectores e, incluso, para iniciarse en el conocimiento de Bolívar, gran lector como no los hubo muchos. (Sarmiento y Mitre forman parte del mismo grupo excepcional) entre los militares y estadistas.

El español hablado en Bogotá: relatos semilibres de informantes pertenecientes a tres estratos sociales, José J. Montes Giraldo / Jennie Figueroa Lorza / Siervo C. Mora Monroy /

Mariano Lozano Ramírez / Ricardo A. Ramírez Caró, Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, tomo 1, 1997, 676 pp.

El primero de los autores mencionados es el jefe del proyecto que da título a la obra; es también jefe del Departamento de Dialectología del instituto editor; es, entonces, uno de los responsables de las publicaciones de este benemérito instituto que tanto destacan en el mundo hispanohablante por su cantidad y calidad en el ámbito de la lingüística y de los estudios hispanoamericanistas en general. Los otros cuatro autores forman parte, asimismo, del equipo de investigadores de dicho Departamento.

Los tres estratos (bajo, medio y alto) que el subtítulo llama «sociales», figuran en el texto con el calificativo más concreto de «socioculturales». Los «relatos semilibres» en cuestión fueron grabados en diversos barrios bogotanos correspondientes a los distintos estratos y tienen aproximadamente una hora de duración cada uno; su número total es de 234, de los cuales este tomo ofrece 30. Cada uno va precedido por los datos lingüísticamente relevantes de cada informante. Estos representan, desde el punto de vista de sus profesiones, un abanico muy extenso.

Con tino científico, los autores han puesto en este volumen solamente los materiales transcritos y

una introducción muy somera, dejando para otro libro (*El español hablado en Bogotá: análisis previo de su estratificación social*) los demás materiales del proyecto.

Agustín Seguí

La noche del zepelín, Norberto Luis Romero, Valdemar, Madrid, 1999, 244 pp.

Construida como una suite musical, en cuatro estaciones o partes, *La noche del zepelín* es una novela de compleja decodificación por la riqueza de niveles y la variedad de símbolos que alimentan incesantemente su trama. Sin embargo, el lector se interna en el relato desde un primer momento seducido por el ritmo trepidante, casi de intriga policíaca o de misterio, de una narración que gira en torno a la tiranía del falo y las prebendas del poder.

Se trata de una historia poblada de seres perversos y siniestros, capaces de los mayores excesos, muchos de los cuales se vuelven contra ellos mismos convirtiéndolos en tristes autómatas sobre los que ha caído una tremenda maldición: la de vivir en el encierro y el engaño, carenciados de amor y esclavos de ese «algo» entre las piernas que a veces les falta, porque les ha sido cerceado, que sustituyen o intercambian y otras veces esconden como si de un tesoro se tratara.

Romero, autor de esta decadente y bella obra, recrea de manera paródica aquellos elementos que han sido y son base substancial del psicoanálisis (entre otros, la castración y el mito de la vagina dentada) y, sobre esta plataforma, da cuerpo y sentido a sus personajes.

Así, bajo el techo de una mansión en ruinas, cuyo jardín es devastado como el propio linaje de la familia, vive la señora, mujer lasciva y cruel que encarna, como en las tragedias griegas, a la madre devoradora de sus propios hijos. La gobernanta, quizá la menos despiadada, es quien regenta un variopinto coro de doncellas que cosen preciosos trajes y preparan sofisticados menús, al tiempo que tramam venganzas y colaboran a envenenar el ambiente de por sí enrarecido de la casa. Y es, precisamente, en la composición de este peculiarísimo mundo de las sirvientas que Romero alcanza uno de sus mayores logros y rinde homenaje al autor chileno José Donoso, que enriqueció sus historias colocando en la escena narrativa, como ocurre en esta novela, a criadas atrevidas, llenas de un malicioso encanto.

Aunque las mujeres se ganan el protagonismo en *La noche del zepelín*, serán Asrael, hijo bastardo de la gobernanta, y Hada Dulce, vástago de la señora (especie de eunuco caprichoso y esperpéntico), quienes bailarán una danza macabra alrededor del falo y llevarán la voz cantante del enigma, un enigma que,

hacia el final de la novela, vuelve a refortalecerse, extrae de su chistera nuevos signos y secretos innombrables.

Norberto Luis Romero, argentino que se inició literariamente en España, donde reside desde hace veinticuatro años, es autor de varios volúmenes de cuentos y de otra novela, *Signos de descomposición*, que en 1997 apareció también bajo el sello de Editorial Valdemar. Quien haya leído su primera novela observará que hay varios componentes que se trasladan de una a otra y conforman lo que se podría llamar el magma con el que este escritor construye un universo propio. Ellos son: ámbitos de puertas dentro, presentación de vidas parasitarias, enfermedad, juegos de poder que se ceban en la destrucción del otro y crean sucesivos infiernos en un clima marcado por la ensoñación y el delirio.

Ciertos críticos podrán asociar esta novela, en la que aparecen algunas escenas donde revolotean mariposas y copulan un par de falcas en pleno vuelo, con el realismo mágico, que tan buena acogida tuvo en España a través de García Márquez. *La noche del zepelín* también remitirá, por su atmósfera asfixiante y cargada de episodios escatológicos, al Jean Genet de *Las criadas* y de aquella sórdida novela titulada *Pompa fúnebre*.

Pero apelar a la naturaleza o a su metamorfosis, como hace Romero,

y al horror, al miedo, a lo escatológico y repugnante, a la escena mórbida, a la ambivalencia, en definitiva, a lo extraño, no es otra cosa que utilizar, con inteligencia, los elementos que han caracterizado a la literatura fantástica. Por eso, las filiaciones (si hay que buscarlas) se pueden encontrar en las páginas de algunos autores rioplatenses. Porque esta novela, como los cuentos que reúne *Las Hortensias y otros relatos* del uruguayo Felisberto Hernández, y *Bestiario* del argentino Julio Cortázar, atrapa y deslumbraba, inquieta y desestabiliza por la presencia de una realidad inexplicable en la que todos los valores se subvierten para inducir al lector a explorar en las capas profundas, oscuras de la interioridad individual.

Reina Roffé

Elegía a Gutenberg. El futuro de la lectura en la era electrónica, Sven Birkerts, traducción de Daniel Manzanarés, Alianza, Madrid, 1999

El profesor Birkerts, crítico literario norteamericano, ha comprobado que sus alumnos no pueden ya leer a Henry James. Lo hallan arcaico, de periodos demasiado largos, excesivamente analítico, poco lineal en sus exposiciones, despectivo para el lector desde su altura irónica. Educados por el videojuego, la